

Nuevo en la ciudad

Las oscuras y desgastadas botas del caminante se hunden en el barro al detenerse. La lluvia humedece la tierra del camino principal a la ciudad. Su túnica gris está empapada, pero le protege el rostro con una amplia capucha que oculta su mirada. No mide más de un metro sesenta y es de complexión delgada. Parece joven, aunque es difícil estar seguro en la oscuridad de la noche.

Alza levemente su vista para observar los altos muros de la villa fortificada. Puede verla tal y como se la describieron: Lurek, la tierra de las segundas oportunidades. Está rodeada por una inquebrantable muralla de piedra oscura, más densa de lo habitual, transportada desde lejanas tierras. Las viviendas más cercanas al borde son de madera. Su estilo es rudimentario, con techados acabados en punta. Habitualmente no sobrepasan más de la primera planta, pero los edificios más importantes, como tabernas y posadas, alcanzan hasta la segunda. Este conglomerado de hogares y edificios de negocios es conocido como el distrito comercial.

En el centro de la ciudad, alejado del estrés cotidiano, se encuentra el distrito noble. Tiempo atrás, los arquitectos olvidaron la madera para centrarse en la piedra y el mármol. Las mansiones son casi tres e incluso cuatro veces mayores que las situadas a las afueras. También gozan de jardines y

patios interiores. La biblioteca, el ayuntamiento y varios templos religiosos fueron los primeros en ser construidos. Todos están conservados en perfectas condiciones. Todos menos uno. Las ruinas de un antiguo santuario permanecen intactas dentro de la plaza más famosa de la población.

El viajero prosigue su marcha hacia el arco de la muralla, iluminado por profundos soportes metálicos llenos de madera en llamas. Los grandes portones están abiertos. Unos vigilantes le siguen con la mirada durante un instante desde sus puestos, para después continuar atisbando el horizonte. Una vez dentro se refugia bajo el saliente de uno de los tejados y se detiene. La calle principal es amplia y espaciosa, pero ahora mismo ni un alma camina por ella.

Un extraño encapuchado se aproxima sigilosamente por la espalda del caminante. Le estaba esperando. Cuando está lo suficientemente cerca, intenta agarrarle del brazo, pero éste alcanza con velocidad la daga escondida en su túnica, se da la vuelta y le empuja contra la pared. El extraño traga saliva atemorizado al sentir el frío metal rozando su cuello y alza las manos en señal de rendición. Al girarse, la capucha del caminante se ha abierto. Su largo y plateado pelo brilla con intensidad bajo la luz de la luna. Sus oscuros ojos parecen ahora más peligrosos que el arma que empuña.

- ¡Tranquilo! - Titubea el extraño con dificultades - Soy tu contacto en Lurek. Estoy aquí para hacer que tu llegada sea más fácil.

- Hasta ahora sólo ha parecido más peligrosa. - Contesta el caminante con un susurro.

El caminante oculta de nuevo su daga y tira de la capucha del extraño para ver su rostro. Examina sus rasgos: es joven, tiene los ojos y el cabello castaños y exhibe una complexión muy delgada. Hay algo en ellos que no le gusta para nada. El adolescente se queda mirándole fijamente, como si escarbara con todas sus fuerzas entre los recuerdos del pasado.

- ¿Hermes? - Grita emocionado - ¡Soy Fidius! ¡No te veía desde que tenía por lo menos ocho años! Casi no te había reconocido con ese nuevo color en el pelo. - La mirada del viajero cambia radicalmente.

- ¡Silencio, estúpido! A partir de ahora te dirigirás a mí como Gabriel. Aquel a quien has nombrado ya no existe.

- Pero...

- Basta, he dicho. - Respira hondo y recupera la compostura. Si en verdad eres mi contacto tendrás que responder a mis preguntas, pero lo harás en un lugar más privado.

El caminante le da un pequeño empujón. El joven tropieza pero recupera el equilibrio para continuar el camino. El ruido de la lluvia es ensordecedor y apenas se logra observar el resto de la calle tras la columna de agua.

La puerta de la habitación se abre con fuerza. El hombre de cabellos plateados se adelanta. Sus ojos se mueven con rapidez examinando el lugar mientras anda: una pequeña cama individual envuelta en sábanas blancas arrugadas situada frente a la ventana, un arcón de madera con bordes metálicos y equipado con un candado de cierre simple, un rudimentario perchero tras la puerta con varios soportes, una silla coja de una pata junto a un estrecho escritorio y finalmente una palangana metálica abollada para el aseo personal. El contacto cierra la puerta desde dentro.

- Hablemos - Susurra el caminante - sin preocuparnos de los fisgones. El sonido de la lluvia encubrirá nuestra conversación.

- Te has vuelto muy cauteloso, Herm... Gabriel. Aunque puedo entender el porqué. ¿Sigues siendo uno de los...?

- Centrémonos en lo que realmente importa. Más tarde nos pondremos al día de lo demás.

El hombre de cabellos plateados cuelga su túnica con delicadeza e invita a su compañero a hacer lo mismo. Su gruesa tela está empapada. Poco a poco empieza a chorrear, humedeciendo los tablones bajo ella. Se sienta sobre la cama y extiende su mano apuntando al asiento. Casi sin darse cuenta su acompañante le obedece.

- Jorun. - Comienza Gabriel - Cuéntame todo lo que sepas de él.

- Es el líder de nuestra banda. Lleva un tiempo ganándose una buena reputación entre los barrios oscuros. Organiza pequeñas escaramuzas durante la noche para robar algún que otro comercio, pero con mucho cuidado, ¿sabes? Es muy difícil ser criminal en esta ciudad. La vigilancia es muy persistente y las represalias demasiado duras.

- Interesante. ¿Y ha corrido la voz con grandes promesas y magnánimas recompensas simplemente para un hurto menor?

- No... No, Se rumorea que va a suceder algo grande, muy grande.

- ¿Dónde os reunís?

- Tenemos una casa que utilizamos para escondernos e idear nuestros planes. Es muy grande. Y también acogedora, ¿sabes? Está al noreste de la ciudad, oculta en el laberinto de callejuelas del distrito comercial. Pero si eres listo la puedes diferenciar. Es la única que tiene dos chimeneas.

- Déjame adivinar: y una de ellas nunca se usa.

- Exacto. ¿Cómo lo has sabido?

- No es una buena idea abrirse paso entre las llamas cuando la guardia ha bloqueado tu entrada y está a punto de detenerte.

- No había caído en eso. Llevo poco tiempo en esta banda, ¿sabes? Creo que eso es todo lo que tenía que contarte.

- ¿Estás completamente seguro?

- ¡Ah! Casi se me olvida. El jefe querrá verte cuanto antes mejor. Quiere tener un registro de las personas con las que puede contar antes del próximo golpe. Te llevaré dentro de un rato, en cuanto me cuentes qué tal te ha ido desde la última vez que nos vimos.

- ¿No has sabido de mí desde entonces? ¿No hay nadie más aquí o del Gremio que me conozca y pueda haberte hablado de mí?

- No. Llegué aquí hace cinco años. Trabajé un poco aquí, otro poco allí... Y no hace mucho que me enteré de que esta banda existía. No es una vida muy digna pero por lo menos tengo algo más que llevarme a la boca día a día. Aquí nadie más te conoce. Eres un fantasma. ¡Puf! Nada...

- Perfecto. - El caminante tiene un repentino picor en la espalda - No te preocupes. Contestaré a tus preguntas mientras disfrutamos de un buen trago juntos. Llevo una petaca en la túnica. Alcánzamelas.

- Claro.

El joven sonríe y se levanta. Da media vuelta y se dirige hacia la túnica. Comienza a buscar dentro de los bolsillos, pero no escucha al hombre de cabellos plateados acercarse por su espalda. El ruido de la lluvia sobre el tejado es tan fuerte que no es capaz ni de oír el crujir de la madera bajo sus pies. Sin poder prevenirlo, Gabriel aprieta contra su nariz y su boca un amplio pañuelo doblado varias veces sobre sí mismo. Deja caer un pequeño frasco vacío para sujetarle con su otro brazo. Forcejean durante un instante pero el joven no tiene fuerzas. Las pierde poco a poco. Sus ojos se entorpecen. Se desmaya.

El viajero sujeta con fuerza al chico y lo arrastra hasta la cama. Pese a aparentar una complexión débil, el hombre de cabellos plateados se desenvuelve con soltura. Tiene a sus espaldas muchos años de experiencia. Le coloca boca arriba sobre las sábanas y echa un vistazo a través de la ventana. Sólo hay oscuridad. Utiliza el dedo índice y el corazón para encontrar el pulso sobre el cuello del joven. Cuenta unos segundos y aparta la mano. Se sienta sobre él con una pierna a cada lado. Le inmoviliza los brazos con sus piernas, atrapándolos entre el gemelo y el muslo. Presionando con las rodillas en sus laterales hace que le cueste más respirar. Alcanza la almohada de tela y la coloca sobre el rostro del acompañante. Respira hondo y aprieta con fuerza. Uno, dos, tres, cuatro... De repente, el asfixiado regresa de su forzado sueño y comienza a luchar por sobrevivir, pero es imposible. No puede moverse. No puede gritar. Está indefenso. El eco de los desesperados golpes de sus talones contra el colchón y de los gritos ahogados por la almohada se camufla entre los impactos de las gotas de lluvia sobre el cristal de la ventana.

La mirada de Gabriel se pierde en la pared de enfrente mientras asesina a su contacto. Simplemente continúa con el procedimiento. Para él es habitual, a veces, incluso aburrido. Antes de perder el último suspiro de vida, el joven parece escuchar algo tras la tela que le estrangula.

- Querías saber qué tal me ha ido desde la última vez que nos vimos. He decidido dejarlo todo atrás y comenzar una nueva vida. Por eso he venido a Lurek. Desafortunadamente para ti, supones un obstáculo en mi

comienzo desde cero. - El joven ya no se mueve - Parecías un buen chaval. Con un poco de esfuerzo habrías llegado lejos. - Baja la mirada y levanta la almohada para observarle detenidamente - Tal vez en otra vida.

Se incorpora y arroja a la víctima. Coloca la almohada bajo su cabeza. Tras unos minutos el escenario ha vuelto a la normalidad. No ha ocurrido nada. Parece sin más que la Muerte se ha abierto paso sobre las tenebrosas aguas de Caronte y con su letal guadaña le ha segado el último aliento mientras duerme. El viajero se arrodilla para recoger el pequeño frasco y lo esconde entre sus ropajes. Hace un instante, dos desconocidos han entrado en esta habitación, pero sólo uno camina ahora hacia la salida. La puerta se entorna lentamente. Un susurro queda en el aire antes de cerrarse.

- Dulces sueños.

Gabriel oculta su rostro con la capucha mientras atraviesa el pasillo. Apresura sus pasos bajando los escalones. La planta baja está repleta de mesas, sillas, alcohol y gente a su alrededor. Se siente incómodo. Siempre ha preferido el silencio a este ensordecedor cúmulo de gritos, conversaciones de borrachos y canciones que abusan del tarareo. Es mejor escapar de este zumbido. Además, tiene una cita importante a la que acudir.

En una de las esquinas del local, lejos de la salida, un hombre esconde también su aspecto bajo una túnica verde oscura. Apartado de los demás, sostiene una gran jarra de cerveza que dirige hacia su paladar, pero se detiene a medio camino. Sigue con la mirada al encapuchado de túnica gris mientras abandona el lugar. De algún modo ese fragmento no encaja en el puzle. Suelta la jarra sobre la mesa y se pone en pie. Algo en su interior le dice que no va a gustarle lo siguiente que va a descubrir.

Dos golpes secos aporream la madera en mitad de la noche. Una pequeña pieza en la parte superior de la puerta se desliza y unos ojos ansiosos observan al desconocido completamente inmóvil bajo la lluvia.

- ¿Quién va? - La voz es grave y ronca. No encuentra contestación alguna. - ¡He dicho que quién va!

- He oído que necesitáis nuevos empleados. - Los ojos examinan al caminante a toda velocidad.

- No te he visto nunca en esta ciudad. No me fío de ti. Lo siento, ya puedes largarte.

- Está bien. Haré saber a todos dónde se reúnen Jorun y sus hombres. - El caminante da media vuelta.

- ¡Un momento! - Los engranajes de la cerradura suenan de repente - Pasa, forastero.

Gabriel se adentra lentamente en la guarida y la puerta se cierra con fuerza tras él. Rápidamente se arrodilla. Empuña con fuerza sus dagas. El sonido de las espadas retumba contra la puerta. Han fallado. Está rodeado por dos hombres. Le han tendido una trampa. Forcejean durante un instante y desvía sus ataques. Un tercero se suma a la lucha de repente.

- ¡Es suficiente! - Se escucha de fondo.

El hombre de cabellos plateados se detiene. El filo de sus afiladas dagas reposa sobre el cuello de dos de ellos. Un pequeño giro de muñeca y caerán muertos ante sus pies. Sin embargo, también puede sentir el mellado acero de la espada del tercero bajo su mandíbula.

- Tienes agallas. - Al otro lado de la chimenea, sentado junto a un gran escritorio, les observa el que parece ser el jefe de la banda - Dejados solos - Sus secuaces dudan por un instante pero acatan las órdenes. El caminante se acerca, retira su capucha y descubre su rostro. Jorun concluye la lectura del documento que sostiene y observa detenidamente al invitado. Deja a un lado el escrito. El hombre de cabellos plateados le echa un rápido vistazo y se percata de la firma bajo las últimas líneas. Una misteriosa “K” repleta de tentáculos está estampada con tinta escarlata sobre las fibras del papel. - Preséntate.

- Soy Gabriel. Estoy interesado en la recompensa.

- Claro y conciso. Me gusta tu estilo. De todas formas, no te conozco. Cuéntame un poco sobre alguna experiencia previa, si destacas en alguna habilidad. - Los ojos de Jorun se vuelven maliciosos por un instante - Si estás dispuesto a matar. - El caminante se toma su tiempo para responder. Comienza a notarse cierta tensión en el ambiente.

- Soy Gabriel. Estoy interesado en la recompensa.

- Muy bien. No quieres hablar de tu pasado. Lo entiendo. - Dice con cierta reticencia - Espero que seas capaz de acatar las órdenes en cuanto se te den. El plan es muy elaborado y no quiero que ninguna de las piezas falle. Cuando una de las piezas falla, yo mismo me encargo de reemplazarla y deshacerme de ella. ¿Me captas? - El hombre de cabellos plateados esboza media sonrisa.

- Muéstrame tu plan y te diré qué piezas son las que fallan. - El jefe se indigna.

- Definitivamente no sabes con quién estás hablando. Podría hacer que te mataran en este mismo instante por dirigirte a mí de esa manera. Pero parece que eso no te importa lo más mínimo. ¿Verdad? No me sorprende. He conocido a muchos como tú en el Gremio de Ladrones. Eres un psicópata. Estás loco. No tienes miedo de nada ni de nadie. - Alcanza una pluma y escribe el nombre del forastero en la lista - Eres exactamente lo que estoy buscando. Mientras tengas claro que trabajas para mí, será suficiente. Nos volveremos a encontrar mañana por la tarde aquí mismo. Recuerda: antes del anochecer. Entonces te haré cómplice de los detalles. Cumpliremos el plan y tú podrás disfrutar de tu tan ansiada recompensa.

- Debí suponerlo. - Gabriel inclina levemente la cabeza despidiéndose - Hasta mañana entonces.

Mientras camina hacia la salida, el rostro de Jorun proyecta satisfacción. Si sólo pudiera tener unos cuantos secuaces más como este: despiadados, sin remordimientos, letales. Desde el primer momento en el que le vio entrar en la guarida supo con qué tipo de persona estaba tratando. De todas formas, debe tener cuidado con él. Tras la conversación, sabe que en cualquier fracción de segundo podría pasar de ser su jefe a su siguiente víctima. Para dominarle le conviene mantenerle satisfecho. Debe alimentar aquello

que él más desea. El forastero ha hablado de la recompensa, pero... ¿es realmente el oro y las riquezas lo que más ansía?

La puerta se cierra de nuevo con fuerza al abandonar el nido de ladrones. La tormenta está cesando. Se recoloca un poco la túnica y continúa su marcha. Observa las calles, las viviendas. Respira el aire fresco de la noche ahora que no llueve. Tiene que encontrar un sitio donde descansar. Mañana continuaría los preparativos. Detiene los pasos bruscamente. Algo no encaja en aquel escenario. El goteo de los tejados marca el ritmo de los segundos. Hace tiempo que la arena del distrito comercial se ha tornado en barro.

Tras sus oscuras y sucias botas quedan hundidas las marcas de sus pisadas. Cualquiera que decidiese seguirlas daría irremediabilmente con la guarida de Jorun. Al fin y al cabo, es la cualidad de los caminos: tienen un principio y un final. Sin embargo, no queda tan claro el final de otro sendero frente a él: se adentra en esta calle desde una diferente; toma la misma dirección que él pero mucho más cercana a las paredes; la mayoría de las huellas apuntan hacia donde una vez estuvo la figura de Gabriel; pero tras varios pasos siguiéndole el rastro, sin motivo alguno, se detienen en mitad de la nada.

Los sentidos y la razón se contradicen. Sin duda alguna le han estado siguiendo. Su vista, por el contrario, no acompaña esta teoría. Introduce la mano en el interior de la túnica. Duda por un instante. No sabe si confiar en la experiencia cuando la realidad es transparente. ¿Dónde está la treta? ¿Cómo encontrar el fallo? De repente sonríe. Su intuición es ahora cristalina. Después de tantos años de autoaprendizaje sabe que ahí hay alguien. Tiene que haberlo. Es posible que sus ojos puedan engañarle, pero no su pasado.

Empuña con fuerza su daga y se abalanza sobre la última huella. Su longitud y profundidad le indican la altura del sujeto. Apunta con el afilado metal donde debería estar la cabeza. A pocos centímetros de su objetivo es testigo de lo imposible. Dos ruidosas pisadas aparecen frente a él. El

oído le funciona perfectamente. Pero no puede confiar en su visión a partir de ahora. Quien quiera que husmee tras sus pasos le ha esquivado de un salto. *“Esto va a ser complicado.”*

Sacude su brazo una y otra vez en dirección al desconocido. Éste retrocede. Sigue poco a poco las nuevas pisadas que aparecen sobre el barro. Zarandea el arma de un lado a otro sin éxito. Una de las huellas se hunde y se retuerce sobre la arena mojada. Gabriel afina sus sentidos. Alza la daga y la coloca frente a él. Una chispa surge del metal. El eco del impacto rebota en las paredes que les rodean. Ha desviado el ataque de su enemigo. Dirige su otra mano hacia el reverso del cinturón, en su espalda. No puede ganar en estas condiciones. *“Si yo no puedo verte, tú a mí tampoco.”*

Retrocede de un salto y arroja a los pies de su oponente una bomba de humo. El aire de alrededor se vuelve denso y oscuro. No entiende por qué no es capaz de verle. Durante toda su vida ha desconfiado de las leyendas. No cree en lo que no ve. ¿Pero cómo no estar seguro ahora? Está luchando cara a cara con un enemigo invisible. Tal artificio no es posible a través de métodos convencionales. ¿Existe la magia? Sea como fuere no tiene tiempo de cuestionárselo en este momento. Es demasiado peligroso, y aturdirle para interrogarle demasiado complicado. *“Te mataré y averiguaré tu truco después.”*

Se acerca con sigilo a su presa. Envuelto en sombras él es el depredador. Puede sentirle. Escucha su acelerada respiración. Siente el palpitar de su corazón muy cerca. Olfatea el terror de su víctima en cada gota de sudor de su frente. Tres segundos más y estaría lo suficientemente cerca. Pero el individuo reacciona. Su intención no es acabar con Gabriel. Sólo debía seguirle sin ser descubierto, pero le ha subestimado. El nuevo invitado en la ciudad es mucho más de lo que aparenta.

El individuo se apresura y escapa de la nube de humo. Continúa su carrera con desesperación. Se asegura de haberle dejado atrás con el rabillo del ojo. Inmediatamente después, abriéndose paso entre la densa humareda, aparece el hombre de cabellos plateados de un salto. No puede verle, pero

le sigue el rastro a gran velocidad. Al adversario dejan de importarle las huellas que deja sobre el barro o el ruido de sus pisadas. En este momento debe despistar a quien le está dando caza. Gira a la derecha. En la siguiente calle a la derecha otra vez. Después izquierda. No consigue apartarse de él. Alza la vista. Esa parece ser su única salida.

Gabriel casi puede degustar el sabor de las respuestas. Hasta ahora sólo ha estado jugando con él. La respiración de su presa es alocada e intermitente. Su corazón está latiendo a un ritmo vertiginoso. Dentro de poco su cuerpo echará en falta el valioso oxígeno con el que alimentar sus músculos. Es entonces cuando la fatiga se apoderará de él. Sólo debe acorralarle un poco más.

Las huellas se detienen. A su lado unos barriles tiemblan y las tejas del edificio crujen. El perseguidor es consciente del cambio de rumbo. Un pequeño impulso le sitúa en el barril. Se prepara para saltar y alza la vista. “No...”

Tres pequeñas esferas de luz se dirigen hacia él, obstruyendo la trayectoria del salto. En el último momento se eleva hacia atrás y arroja su daga, que atraviesa el aire hacia el lugar desde donde surgieron los proyectiles. Las bolas brillantes explotan contra el barril mientras él se cuelga del tejado con una de sus manos.

El silencio se apodera de la noche. El líquido del tonel se derrama sobre la estrecha callejuela y poco a poco se funde con el barro, borrando alguna de las pisadas. Su presa ha escapado. Con agilidad, Gabriel se balancea y de una pirueta acaba sobre las tejas. Sus pupilas dilatadas por la oscuridad de la noche buscan con frenesí alguna pista. Pero cómo confiar en ellas. El individuo podría estar ahora en cualquier parte.

Se aproxima a su daga y la recoge cuando algo capta su atención. Junto a él, sobre una de las tejas, hay un pequeño trozo de tela gruesa y de color verde oscuro. Probablemente el filo de su arma lo ha separado de la túnica del desconocido. No es gran cosa, pero ya tiene algo con lo que comenzar

su búsqueda. Localizar a quien no puede ser visto. Esconderse de quien puede estar en cualquier sitio. Y a partir de ahora, encontrarle será aún más difícil. Tras este encuentro sabe que éste será aún más cauteloso.

Las ventanas se abren. Desde su interior la tenue luz de las velas ilumina parte de la calle. Los vecinos se alertan por el ruido de la explosión del barril. Quejas mezcladas con bostezos se escuchan en el interior de las viviendas. Muy pronto aquel lugar estará infestado de guardias. Debe desaparecer y encontrar un lugar seguro donde descansar esta noche. Después de todo, mañana será el gran día. Atrapa el retazo de tela verde en el interior de su mano y se esfuma entre las sombras.

El sol de la tarde es intenso, pero en unos minutos empezará a oscurecer y se ocultará a lo lejos tras las montañas. Mercaderes y viajeros deambulan por la ciudad. Esperan poder comprar o vender los últimos productos del día antes de que anochezca. El cielo está despejado pero una refrescante brisa se abre camino por entre las calles. Les hace recordar la tempestad de la noche anterior.

Gabriel asegura una de las correas alrededor de su muñeca. Lleva siempre consigo dos brazaletes de cuero que esconden pequeños compartimentos. En la zona exterior oculta varias ganzúas de gran calidad y muy diversos tamaños. Son un regalo de alguien que una vez fue realmente importante para él. Cuando las usa, no hay cerradura que se le resista. En la parte interior enfunda sus dagas más ligeras. En las situaciones críticas no es la resistencia del metal ni el tamaño del arma lo que influye, sino la velocidad y la precisión del impacto mortal que se asesta con ella.

Sentado en el marco de la ventana y con el cristal abierto, respira el aire fresco. La habitación en la que ha descansado es incluso más pequeña y menos acogedora que la que usó para despedir a su contacto. Pero por lo menos es un segundo piso. Se siente cómodo desde esa posición. Ver sin ser visto, escuchar sin hacer ruido. Después de tantos años en su profesión,

es la mejor manera que tiene de interactuar con el resto de la gente: desde la distancia.

Ha concluido sus ejercicios de calentamiento. Necesita prepararse para el asalto que tendrá lugar dentro de unas horas. Se siente tonificado tras los estiramientos. No hay rastro de grasa en su cuerpo. No es algo que pueda permitirse. Mirándose al espejo podía discernir prácticamente todos y cada uno de sus músculos. Sabe qué ejercicios debe realizar. Conoce la dieta a seguir. Es un experto del cuerpo humano. Y cuanto más se familiariza con él, menos complicado le resulta arrancar la vida de sus víctimas. Con sutileza y sencillez. Demasiados puntos débiles para tan atrevida creatividad.

Se viste poco a poco mientras permanece frente a la ventana. Su mirada se pierde en el horizonte pero no se le escapa ningún detalle. Se pregunta si está siendo espiado ahora mismo. La situación con aquel individuo aún ronda por su mente. No logra pensar en otra cosa. No conoce su identidad ni sus objetivos. Se pregunta por qué se ha convertido en el centro de atención de este tipo.

Se coloca la túnica negra. Guarda en su interior el resto de armas y objetos, meticuloso, siempre en los mismos bolsillos. Lo hace siguiendo el código que ha perfeccionado con el paso de los años: observa, aprende y perfecciona. *“Asociar cada pertenencia a su compartimento. Escoger cada día uno diferente complicaría el disponer de ellos. De igual manera, cada persona está asociada a un tipo de muerte. Al observarles durante el tiempo suficiente, parecen estar diciéndote a gritos cual es la suya. Lo más rápido y sencillo es siempre lo más eficaz.”*

Dos golpes secos retumban de nuevo sobre la gruesa puerta de madera del edificio con dos chimeneas. La rendija se desliza y los mismos ojos le examinan de arriba a abajo. Esta vez le reconocen. Gabriel se detiene durante un instante tras cruzar el umbral de la puerta. La sala está repleta de nuevas personas. Todos visten ropas oscuras. El estilo de sus cabellos oculta

parcialmente sus rostros de alguna manera. La mayoría presume de alguna cicatriz en la mejilla. También portan algún collar de metales preciosos, simple y ligero, pero ridículamente inservible para su oficio.

Al cerrarse la puerta todos se giran y observan al forastero. Éste se quita la capucha y desvela sus cabellos plateados. Algunos susurros se escuchan de fondo. Varios bandidos echan en falta algún diente al sonreír. Alzan sus barbillas y se mofan del nuevo en voz baja. El nuevo parece un enclenque. Pero éste entiende absolutamente todo sobre el lenguaje corporal de sus nuevos compañeros. Un pensamiento le ronda de repente: *“Vais a morir todos.”*

- ¡Muy bien! - Se escucha de fondo - Empecemos. - Jorun llama la atención de los ladrones y en pocos segundos todos le rodean frente al escritorio esperando a recibir las órdenes. Gabriel se acerca pero permanece a una distancia prudencial del bullicio. - El golpe es esta noche. No se trata de un hurto, un allanamiento o una mera visita profesional. - El jefe de la banda se jacta al comentar las nuevas palabras - Después de la tarea de esta noche, seremos recordados y seremos temidos. Nadie más se interpondrá en nuestro camino. Seremos los más reconocidos, despiadados y famosos de Lurek. Los ciudadanos temblarán al escuchar nuestro nombre. - Los ladrones de poca monta comienzan a emocionarse. El hombre de cabellos plateados, en cambio, no parece inmutarse. Es una estatua. - Las leyendas se alzan pero también caen. Y al igual que el cuarto Gran Señor del Gremio de Ladrones ha sido asesinado desestabilizando la balanza entre familias, esta noche cambiaremos nosotros la balanza entre la ley y el caos, entre el orden y la desesperación. Esta noche, la figura más importante de Lurek empapará con su sangre nuestros cuchillos y nuestros puñales. Esta noche, camaradas, asesinaremos lo más brutalmente posible al Capitán de las fuerzas de Lurek. Esta noche, Iliadorus va a morir.

El hombre de cabellos plateados observa cómo la jauría de animales comienza a aullar celebrando prematuramente su éxito. Sin embargo, él es nuevo en este territorio. Desconoce quién es Iliadorus. Pero parece impor-

tante, al menos su rango de Capitán así lo indica. Jorun hace algo de espacio sobre su escritorio para extender un amplio mapa de la ciudad.

- En aproximadamente una hora partirá hacia el campamento de entrenamiento. Será entonces, a la salida de la ciudad, cuando atacaremos. - Presiona con su dedo índice en varios puntos del plano mientras nombra a algunos de los presentes - Una vez cubierto el perímetro, vosotros tres y Gabriel vendréis conmigo. - Echa un pequeño vistazo al tremendo círculo de gente que le rodea - ¿Gabriel? - La muralla de bandidos se rompe por un extremo. Mientras se abre lentamente permanecen en silencio. El hombre de cabellos plateados camina hacia el líder sin perder la compostura. Ninguno de los presentes sabe quién es el forastero, pero en su primer delito juntos va a ser uno de los protagonistas de la obra. - Mientras ellos se encargan de los guardias, tú y yo nos desharemos de Iliadorus. Mano a mano, codo con codo. ¿Qué te parece?

El hombre de cabellos plateados se detiene un segundo tras escuchar la pregunta. Planeado de esta manera no tendría que preocuparse de la ineptitud de los aquí presentes. Jorun parece el único profesional dentro de esta ratonera. *“Los humanos se equivocan. Si no están entrenados debidamente son torpes e innecesarios. Cuantos menos sean los involucrados, más perfecto será el plan. Después de todo, un trabajo bien hecho es el hecho sólo por uno mismo.”* Conecta su mirada con la del líder y susurra la respuesta.

- Perfecto.

La densa oscuridad envuelve a la ciudad y le da un beso de buenas noches. El rugir de las antorchas y las pisadas de los centinelas sobre la muralla es el único sonido discernible. Uno de ellos dirige sus ojos durante un instante hacia el interior. Rápidamente sitúa su puño cerrado sobre el pecho y se estira todo lo posible. Sus compañeros le observan y copian el movimiento.

Cuatro majestuosos caballos marrones escoltan al del Capitán. Están cubiertos con insignias y montados por soldados armados. Se sitúan a cada esquina de la blanca y atlética montura, protegiéndole de cualquier amenaza. El ruido de las herraduras es cada vez más intenso. Traspasan el gran pórtico de la pared de piedra oscura y ponen rumbo hacia el campo de entrenamiento.

Iliadorus porta la armadura que es ahora el símbolo más destacado de Lurek. Juntos son uno sólo. Desde los talones hasta el cuello, un gran esqueleto metálico diseñado completamente a medida previene sus puntos débiles de ser alcanzados. El hierro pulido y de color claro alrededor de su cuerpo resplandece ahora con matices plateados bajo la luz de la luna. Las juntas en las extremidades brillan como el oro en el que están fabricadas. En el centro del pecho queda esculpida la figura de un rostro rodeado de rayos de luz, símbolo de la devoción a su Dios Kai. Sobre los hombros y rodeando su cuello descansa una larga capa blanca que ahora envuelve la parte trasera de su corcel.

No es un guerrero cualquiera. Es el paladín más importante y conocido de su orden. Mucho tiempo atrás, sus habilidades en la batalla eran temidas por todos sus adversarios y alabadas entre sus aliados. Cuentan que su fe es tal, que ningún mortal es capaz de dañarle. En la parte derecha de su caballo, enfundada en una protección de metal y cuero, se encuentra su gran espadón de casi metro y medio. La empuñadura apunta hacia su mano, como si deseara ser sostenida por su dueño una vez más.

Los rasgos de su rostro están muy marcados: amplia mandíbula unida a un musculoso y largo cuello, propio de un cuerpo atlético obtenido tras muchos años involucrado en el arte de la lucha; seriedad y rectitud impresas en sus labios después de incontables horas en salas de meditación; grandes e intensos ojos azules separados por una elegante nariz; pelo negro azabache, suficientemente corto para no estorbarle en el combate y suficientemente largo para no poder considerarse un corte militar.

Al separarse de los muros de la ciudad los centinelas reanudan la ronda. Todavía pueden observar desde la distancia a su Capitán alejándose lenta-

mente. El silencio y la oscuridad rodean a la patrulla. La emboscada está preparada. La macabra sonrisa de los asesinos queda oculta entre la sombra que ahora es su mejor aliada. La táctica ha sido ensayada. La víctima se acerca a la trampa. La hora ha llegado. Es ahora o nunca.

Una pequeña piedra es arrojada a las espaldas de la patrulla. Da vueltas sobre sí misma y desciende con lentitud hasta golpear el suelo varias veces. Los soldados perciben el eco del rebote. Giran sus cabezas levemente con curiosidad. Tras el impacto, una tenue vibración surca el aire: como el susurro de un pájaro, como un silbido desde muy lejos, como una daga apresurándose a la yugular de su objetivo. Dos guardias pierden el equilibrio sobre sus caballos. Caen lentamente, muertos, como las cobrizas hojas muertas de los árboles en otoño. Antes de tocar el suelo, sobre uno de los caballos ahora sin jinete y flotando entre las sombras, Gabriel apoya su pie y se impulsa con gran velocidad. Surcando el aire, con un filo en cada puño apuntando al corazón de Iliadorus, observa que dos soldados quedan aún con vida. Estaba seguro de que el plan no sería ejecutado a la perfección. *“Fracasados.”*

Las otras cuatro piezas del elaborado plan abandonan sus escondites de entre la maleza. Se aproximan con velocidad. Cada uno en dirección a su enemigo: los tres bandidos hacia los guardias, Jorun directamente al Capitán. El paladín de Kai desmonta rápidamente, desenfunda su gran mandoble y golpea en el trasero a su caballo, que pone rumbo de vuelta al barracón de Lurek. Se gira y alza la mirada. Observa el reflejo de la luna durante un instante en los oscuros ojos de su oponente mientras se abalanza sobre él.

Algo inesperado sucede. Las pupilas del asesino se encojen en una fracción de segundo. Gabriel no puede soportar la repentina claridad. Cubre su rostro con uno de sus brazos mientras desciende. El cielo se ha abierto. Una columna de luz divina atraviesa el aire y se centra en el paladín. La figura de aproximadamente un metro noventa de estatura espera el momento idóneo. Sus ojos azulados se tornan en un brillante celeste. Antes de que el asesino toque el suelo, da un paso hacia él y le empuja con el hombro. Éste es proyectado varios metros sobre la arena hasta detenerse. Tras el impacto

se abre su capucha. Intenta levantarse. Su cuerpo sufre como si hubiera sido arrollado por un caballo a toda velocidad. Está desorientado. El eco de unas campanadas en la distancia parece situarle de nuevo. Los centinelas están dando la alarma.

El ritmo de la pelea se vuelve frenético. Jorun emplea los mejores ataques contra el Capitán, pero éste conoce su estilo y los desvía todos. Una pequeña patrulla armada atraviesa el pórtico de la muralla y marcha con velocidad para protegerle. Pocos metros después, varias dagas son arrojadas por ladrones apostados tras los matorrales. Sin poder prevenir el ataque, los hombres mueren en el acto.

Uno de los bandidos se preocupa. Siente de repente que no puede vencer al soldado frente a él. Otro ladrón aparece en su espalda y sujeta al soldado con fuerza. Está indefenso. Puede ver el verdadero rostro de la muerte reflejado en los ojos de su asesino. El bandido despiadado le muestra su macabra sonrisa. Sostiene el arma con ambas manos y atraviesa el corazón de su víctima. Iliadorus enfurece al perder a otro hombre. La luz divina brota ahora desde su pecho y se extiende en todas direcciones.

- En Lurek, matar significa morir. - Dice Iliadorus con rotundidad. Golpea con su puño izquierdo la mejilla de Jorun y le hunde contra el suelo. Camina hacia el bandido, que ahora empieza a temblar. Éste se da cuenta de que no puede moverse mientras mira a los ojos de Iliadorus aproximándose hacia él. Un espadón de metro y medio envuelto en llamas ennegrecidas le atraviesa el pecho desde su espalda. - Sufre ahora la maldad de la que estás hecho.

El hombre de cabellos plateados observa cómo el mandoble abandona el cuerpo del bandido y recupera su color habitual. La persona frente a él cae sobre sus rodillas y se desploma sobre la tierra. Detrás de él se encuentra el paladín de Kai, quien le mira ahora fijamente a los ojos. Un aura dorada brota constantemente de él. En ese instante, el líder de su banda se le abalanza por la espalda. Sin perder su compostura, Iliadorus alza su hombro protegiendo el punto exacto en el que iba a ser atacado. El puñal choca

contra la brillante armadura sin causar daño alguno. Empuña su mandoble con fuerza y trata de golpear a Jorun con el lateral del metal. Gabriel aprovecha la situación y se une a Jorun. Luchando a su lado, frente a frente, y en el centro el Capitán de las fuerzas de Lurek. Ni siquiera empleando técnicas secretas, abusando del juego sucio o sincronizando sus ataques son capaces de dañar al guerrero al que rodean. Se mueve demasiado rápido y lo más importante, parece saber siempre dónde va a ser atacado. Es la defensa perfecta.

El soldado que aún queda con vida consigue asestar un golpe mortal a su oponente. Inmediatamente, como si hubiera estado esperando este momento de antemano, Iliadorus clava su espada en el suelo y una onda de energía dorada estalla en todas direcciones. Jorun, Gabriel y el tercer miembro de la banda pierden el equilibrio y son derribados. Un aura de desesperación asfixia la moral de los asaltantes. Sus temblorosos ojos apuntan al paladín de Kai. Desde el suelo, su imagen se asemeja a la de un Dios. Inmóvil, contemplativo y repleto de luz.

- Deponed las armas. - La profunda voz del Capitán encoje sus corazones - Arrepentíos de vuestros actos y seréis perdonados.

- ¡Ni en tus mejores sueños! - Interrumpe Jorun con velocidad. Si le permite continuar hablando perderá a sus hombres. - ¡Unos cuantos trucos baratos de luces y colores no van a impresionarnos!

- Valorad la oportunidad que os estoy brindando, pues sólo os la ofreceré una vez.

- Métete tu redención por donde te quepa. - Comenta el jefe de los bandidos mientras se incorpora, escondiendo con delicadeza una piedra tras el dobladizo de su manga - Ya hemos llegado demasiado lejos. Esta no es más que tu última jugada para sobrevivir. Estás acabado, caballero de la luz. Muere de una vez.

- Sea pues. - Empuña de nuevo su espadón y lo arranca del suelo. El hombre de cabellos plateados se levanta de un salto.

- ¡Espera! - Susurra Gabriel sin perder de vista aquellos ojos azules. Durante varios minutos ha empleado técnicas olvidadas, trucos que él mismo ha perfeccionado durante años, ataques que nadie puede describir tras re-

cibirlos, pues ahora yacen muertos, ahogados en su propia sangre. Ha evaluado la situación. No hay manera de vencer a su adversario. Ni siquiera es posible con la ayuda del experimentado Jorun, que ahora le mira fijamente.

- ¡Gabriel! Ni se te ocurra... - Éste le devuelve la mirada. No le importa lo que piense. No le debe nada. Esa persona no significa nada para él. Sólo quiere vivir y este guerrero parece imbatible. Es sólo cuestión de tiempo hasta que les atraviere a todos con su infalible mandoble. Ahora mismo sólo puede pensar en lo más prudente: la rendición.

- Depongo mis armas. - Iliadorus mantiene su expresión. Sus siguientes palabras no son de alegría. Son una nueva advertencia para sus enemigos.

- Buena elección, muchacho.

- Traidor repleto de escoria y rebosante de porquería... ¡Nos encargaremos de ambos a la vez! - Arroja la piedra al rostro del otro soldado y le deja inconsciente. Los encapuchados se aproximan al paladín vertiginosamente. Éste, sin perder su serenidad, arroja su espadón al secuaz y atraviesa su corazón. Se gira y agarra con fuerza la muñeca de Jorun deteniendo su ataque. Le perfora sin piedad con su mirada mientras le deforma los músculos del brazo. Alza su otro puño cerrado y lo envuelve en las mismas llamas que antes rodearon su espada. Está listo para asestar su golpe final.

- ¡Me rindo! ¡Me rindo! - Suplica Jorun con agonía sintiendo cómo su cuerpo entero tiembla ante el poder de su adversario. No puede ni moverse aunque lo desee.

- Demasiado tarde.

- Yo no lo haría. - Interrumpe el hombre de cabellos plateados. El Capitán le dirige lentamente la mirada. Su silencio parece exigir un motivo.

- Estás apunto de sentenciar al líder de la banda que trataba de matarte. A simple vista parece el organizador, pero en realidad no es más que el títere de un juego más elevado. Durante varios años no ha sido capaz de llevar a cabo algo serio, ni siquiera de mediana importancia. Y de repente, como salido de la nada, sus expectativas ascienden a eliminar al Capitán de las fuerzas de Lurek. Sospechoso. Un plan de tal complejidad requiere ser preparado con mucha antelación. Complejidad de la que no fue consciente hasta esta tarde, cuando probablemente recibió las órdenes. Nadie más está al tanto de esta situación. Lo que me lleva a deducir que recibió estas instrucciones a través de correspondencia. Si quieres descubrir quién es el ver-

dadero responsable, el que mueve los hilos, te sugiero que le interrogues. Teniendo en cuenta, claro está, que estés interesado en averiguarlo. Si no lo estás, puedes despacharle como has hecho con los demás. - El paladín devuelve la mirada al indefenso bandido.

- ¿Es esto cierto? - Su luz se proyecta en el rostro de Jorun, que trata de parpadear para recuperar la nitidez de su vista.

- Lo siento, pero nunca lo sabrás. No soy como la rata que ahora se encuentra a tu lado. No falto a mis promesas y, ante todo, no soy un traidor. Acaba conmigo si es lo que desees, pero no recibirás ni una gota de información.

El sonido de numerosas pisadas capta su atención. Al menos una veintena de hombres de armas equipados con antorchas rastrean la zona. Los delincuentes escondidos entre la maleza han huido. Después de todo, no ha sido una buena idea enfrentarse cara a cara con el protector de Lurek. Otro grupo de soldados se apresura en alcanzar a su superior. Cuando por fin llegan, comprueban que la situación está bajo control.

- ¡Esperando recibir órdenes, señor! - Dirigen el puño hacia el pecho y permanecen inmóviles.

- Apartad a esta sabandija de mi vista. - Anudan las manos del delincuente tras la espalda y le conducen de vuelta a la ciudad. Entre paso y paso se escucha un mensaje de agonía.

- Recuerda estas palabras Gabriel: haré que haberme permitido vivir sea el mayor de los errores que jamás hayas cometido. Tarde o temprano, disfrutaré de mi dulce venganza.

El cielo se cierra de nuevo y recobra su aspecto original. El aura que antes envolvía a Iliadorus apenas es ahora visible. Se acerca al último bandido y extrae el mandoble de su cuerpo sin vida. Sacude un pequeño pañuelo blanco que guarda tras la armadura. Lo utiliza para purificarlo y limpiar meticulosamente la sangre que se desliza por su filo. Una vez terminado, lo enfunda mientras se dirige de nuevo al hombre que ha aceptado la rendición.

Civilización tras civilización, muchos maestros de la guerra han forjado su fama por cambiar el curso de batallas imposibles. Algunos de ellos por

destruir las armas del oponente. Otros por utilizarlas en su contra. El Capitán de Lurek, en cambio, es idolatrado por ser el único capaz de arrebatarse a los más despiadados fanáticos de entre las filas del adversario y convertirlos en sus seguidores por medio de una técnica que sólo él es capaz de controlar a la perfección. El arma más poderosa del paladín de Kai: la rendición.

- Has tomado la decisión correcta. A partir de ahora todo será más fácil.
- Cuando está lo suficientemente cerca, baja la mirada para equilibrar los treinta centímetros de diferencia de altura y apoya la mano sobre el hombro del hombre de cabellos plateados - Gabriel, ¿verdad? - Sin mover la cabeza, éste apunta alto con sus oscuros ojos. Suele apuñalar brutalmente en puntos no vitales a quien le trata de esa manera. Tras una larga recuperación posterior, puede estar seguro de que esos individuos han aprendido cómo tratarle con más delicadeza la próxima vez. Pero ahora no tiene otra alternativa.

- Sí.

- La mera voluntad de cambiar no completa el cambio. Para poder confiar en ti tendrás que hablar con tus actos y no con tus palabras. Trabajarás para mí hasta que considere saldada tu deuda. Hasta entonces, dormirás en los calabozos del barracón.

- No creo que sea necesario pasar la noche en prisión para demostrar mi honradez.

- Recuerda que no es tu dignidad lo que estamos negociando, sino tu vida. Todavía no confío en ti. Pero confío en que serás capaz de conseguirlo. Ahora demuéstrame que no estoy equivocado y sígueme por tu propia voluntad. Ya habrá tiempo para decidir qué tarea te liberará de mis órdenes.

Es la primera vez que se encuentra ante semejante adversario. Sus habilidades en combate son impresionantes, su disciplina inquebrantable. Tiene la extraña sensación de que incluso mientras hablan, mantiene su guardia alta. Siempre parece estar alerta. De alguna manera se alegra de haberle conocido. Considera su confrontación como un desafío. No cree en la perfección. Sabe con seguridad que en todo cuadro siempre hay un trazo

peor dibujado, en toda melodía siempre hay algún acorde repetido, en todo oponente siempre será capaz de encontrar un punto débil. Sólo es cuestión de tiempo averiguar el de Iliadorus. Tarde o temprano hallará la manera de doblarle. Hasta entonces, prudencia.

Pero en ese instante se percata de algo que empieza a incomodarle. Le preocupa hasta el punto de importunarle. Las dos únicas personas capaces de superarle en esta ciudad lo han conseguido mediante métodos no convencionales. Ya fuere por medio de la magia o por el poder divino, son fuerzas que él no es capaz de controlar. Y eso no le gusta ni lo más mínimo. Tal vez ha llegado el momento de aprender nuevas técnicas. Técnicas completamente distintas a las que hasta ahora conoce. Debe prestar más atención todavía a su entorno desde ese momento. De esa manera, puede adaptar los nuevos conocimientos a sus habilidades. Para seguir mejorando, debe evolucionar.

Espera a que Iliadorus entre en el barracón y le sigue antes de que se cierre la puerta. Necesita tiempo para recapacitar. Dormir en la celda no le viene nada mal. La seguridad de la prisión protege a los ciudadanos de los reclusos, a la vez que también le protege a él del exterior. Una noche alejado del tipo que husmea tras sus pasos le parece un buen trato. Tiene suficientes horas frente a él para poder decidir qué hacer. Pero por un instante, un pensamiento ronda por su cabeza. *“Lurek, la tierra de las segundas oportunidades. Magnífico comienzo desde cero.”*

No muy lejos de allí, en lo alto de uno de los tejados y ocultos entre las sombras, dos figuras vestidas con túnicas de color verde oscuro dirigen sus miradas hacia los portones del barracón. El suave viento mece sus ropajes con delicadeza. Uno de los extremos del de uno de ellos tiene un corte.

- Informa a los demás. Ya tenemos a nuestro siguiente objetivo.